

www.puntodelectura.com

JOE HILL

El traje del muerto

Tarde o temprano los muertos te alcanzan

punto de lectura



Joe Hill, cuyo verdadero nombre es Joseph Hillstrom King, es hijo del famoso escritor Stephen King. En su trayectoria literaria destaca la colección de cuentos de terror *20th Century Ghosts*, muy alabada por la crítica y ganadora del British Fantasy Award. Sin embargo, es con su primera novela, *El traje del muerto*, con la que logra un reconocimiento mundial. De esta obra se ha dicho que marca una nueva forma de entender el terror. Aclamada fervientemente por la crítica, la novela alcanzó los primeros puestos de la selección de best-sellers de *The New York Times* y ha sido galardonada con el Bram Stoker Award 2007.

www.joehillfiction.com

JOE HILL

El traje del muerto

Tarde o temprano los muertos te alcanzan

Traducción de Julio A. Sierra

Título: El traje del muerto

Título original: *Heart-Shaped Box*

Publicado por acuerdo con Morrow, sello de HarperCollins Publishers

© 2007, Joe Hill

© De la traducción: Julio A. Sierra

© Santillana Ediciones Generales, S.L.

© De esta edición: septiembre 2008, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2119-8

Depósito legal: B-32.723-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Cubierta: Opal Works

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A mi padre, uno de los buenos

‘¿Cómo podrían tener destino los muertos?’
Alan Moore, *Voice of the Fire*

PARTE 1
Perro negro

Capítulo 1

Jude tenía una colección privada.

Había enmarcado dibujos de los siete enanitos y los había colocado en la pared del estudio, mezclados con sus discos de platino. Eran obra de John Wayne Gacy, que los había hecho mientras estaba en la cárcel y se los había mandado. A Gacy le gustaba la época dorada de Disney casi tanto como abusar sexualmente de niños pequeños, y más o menos lo mismo que los discos de su cantante favorito, Jude.

Jude guardaba el cráneo de un campesino al que le habían hecho una trepanación en el siglo XVI para liberarlo de los demonios, y en el agujero del centro de la calavera había colocado su colección de plumas estilográficas.

Tenía también una confesión de una bruja de hacía trescientos años. «Yo hablé con un perro negro que dijo que iba a envenenar mis vacas y que haría que mis caballos enloquecieran y mis hijos enfermaran si no le entregaba mi alma. Le dije que sí, y después de eso le di de mamar de mi pecho».

La quemaron en la hoguera.

Conservaba, además, un lazo, rígido y gastado, que se había utilizado para ahorcar a un hombre en Inglaterra

a principios de siglo; el tablero de ajedrez con el que jugaba Aleister Crowley cuando era niño, y una película pornográfica en la que alguien era realmente asesinado durante el acto sexual. De todas las piezas de su colección, esta última era la que más le incomodaba poseer. Había llegado a sus manos a través de un oficial de policía que se ocupó de la seguridad en algunos de sus espectáculos en Los Ángeles. El policía había dicho, con cierto entusiasmo, que el vídeo era enfermizo. Jude lo vio y, desde luego, estuvo de acuerdo. Era enfermizo; y además, de una manera indirecta, también había precipitado el fin del matrimonio de Jude, al que todavía se aferraba.

Muchos de los objetos grotescos y raros de su colección privada le habían sido enviados por sus admiradores. No era habitual que él mismo comprara algo para su desagradable museo. Pero cuando Danny Wooten, su asistente personal, le dijo que había un fantasma en venta en la Red y le preguntó si quería comprarlo, Jude ni siquiera tuvo que pensarlo. Fue como ir a comer a un restaurante, escuchar la recomendación del plato del día y decidir, sin necesidad de mirar la carta, que eso era lo que uno quería. Algunos impulsos no requieren consideración alguna.

La oficina de Danny ocupaba una zona relativamente nueva que se extendía en el extremo noreste de las irregulares construcciones de la granja de Jude. En realidad era una ampliación, con una antigüedad de diez años. Con su aire acondicionado, sus muebles modernos y la alfombra industrial de color café con leche, la oficina era fríamente impersonal, y en modo alguno se parecía al resto de la casa. Podría haber pasado por la sala

de espera de un dentista si no fuera por la proliferación de carteles que anunciaban conciertos en marcos de acero inoxidable. En uno de ellos se veía un bote lleno de globos oculares que miraban fijamente, con nudos de nervios ensangrentados colgando en la parte de atrás. Era el cartel de la gira «Todos los ojos puestos en ti».

Apenas terminada la obra de ampliación, Jude comenzó a arrepentirse de haberla emprendido. No había querido verse obligado a conducir cuarenta y cinco minutos desde Piecliff hasta una oficina alquilada en Poughkeepsie para ocuparse de sus asuntos profesionales; pero ya pensaba que eso habría sido preferible a tener a Danny Wooten allí mismo, en la casa. Danny y el trabajo de Danny se encontraban demasiado cerca. Cuando Jude estaba en la cocina, podía escuchar los teléfonos. A veces las dos líneas instaladas allí sonaban a la vez, y ese ruido le volvía loco. No había grabado ningún disco desde hacía varios años y apenas trabajaba desde que habían muerto Jerome y Dizzy, y con ellos la banda; pero de todos modos los teléfonos seguían sonando y sonando. Se sentía abrumado por el desfile incesante de personas que le robaban su tiempo, por la acumulación interminable de exigencias legales y profesionales, acuerdos y contratos, promociones y apariciones en los medios de comunicación. No soportaba el trabajo de Judas Coyne Inc., que nunca se terminaba, que siempre parecía hallarse en plena actividad. Cuando estaba en su casa, quería ser él mismo, no una marca registrada.

La mayor parte del tiempo, Danny se mantenía alejado del resto de la casa. Por muchos defectos que tuviera, era muy respetuoso con el espacio privado de Jude.

Pero el secretario le abordaba con total desahogo cada vez que pasaba por la oficina, algo que Jude hacía, sin mucho entusiasmo, cuatro o cinco veces al día. El paso por la oficina era el camino más rápido hacia el cobertizo y los perros. Podía evitar encontrarse con Danny saliendo por la puerta principal y dando toda la vuelta alrededor de la casa, pero se negaba a jugar al escondite en su propio hogar sólo para no encontrarse con Danny Wooten.

Además, no le parecía posible que Danny fuera a tener siempre algún asunto con el que molestarlo. Sin embargo, el caso era que siempre lo tenía. Y si no encontraba nada que requiriese su atención inmediata, pretendía conversar. El secretario procedía del sur de California, tierra de buenos conversadores, y sus charlas eran interminables. No vacilaba en hablar con perfectos desconocidos acerca de los beneficios del germen de trigo, incluida su propiedad de convertir las evacuaciones intestinales en productos tan fragantes como la hierba recién cortada. Había cumplido treinta años, pero podía hablar del monopatín y la PlayStation con el muchacho que traía la pizza como si tuviera catorce. Era capaz de hacer confidencias a los técnicos que reparaban el aire acondicionado, contarles que su hermana había abusado de la heroína cuando era adolescente, y que él mismo, de joven, había encontrado el cuerpo de su madre cuando se suicidó. Era imposible que se sintiera inhibido. Ignoraba el significado de la palabra «timidez».

Jude regresó a la casa después de echar de comer a los perros *Angus* y *Bon*. Ya había cruzado la mitad del camino batido por el fuego de Danny y, justamente cuando

comenzaba a pensar que atravesaría la oficina sin interrupciones, sonó la voz del desinhibido.

—Ah, jefe, me alegro de verle. Por favor, eche un vistazo a esto.

Danny iniciaba casi todos sus ataques de locuacidad con esas mismas palabras, una frase que Jude había aprendido a temer y odiar, por ser preludeo de al menos media hora de tiempo perdido, formularios que cumplimentar, faxes que mirar, monsergas que escuchar. Esta vez Danny le dijo que alguien ponía a la venta un fantasma, y Jude se olvidó repentinamente de todo lo que le molestaba de su ayudante. Rodeó el escritorio para poder mirar la pantalla del ordenador por encima del hombro de Danny.

Había descubierto al fantasma en una página de subastas de Internet que no era eBay, sino una de sus imitaciones. Jude recorría con la mirada la descripción del producto, mientras Danny leía en voz alta. Su asistente le habría dado de comer en la boca, si Jude se lo hubiera permitido. El empleado tenía una vena de servilismo que a Jude, francamente, le resultaba muy desagradable en un hombre.

—«Vendo el fantasma de mi padrastro —leyó Danny—. Mi anciano padrastro murió hace seis semanas, de manera muy repentina. Estaba con nosotros en ese momento, de visita. No tenía casa propia y viajaba de pariente en pariente, quedándose durante un mes o dos para luego ir de visita a otro lugar. Su muerte fue una gran sorpresa para todos, especialmente para mi hija, que estaba muy apegada a él. Nadie lo habría imaginado. Estuvo muy activo hasta el final de su vida. Nunca se

sentaba frente al televisor. Bebía un vaso de zumo de naranja al día. No le faltaba ni un diente».

—Seguro que es una maldita broma —dijo Jude.

—No me lo parece —replicó Danny. Y continuó leyendo—: «A poco de celebrado su funeral, mi hijita lo encontró sentado en la habitación de huéspedes, que está justo frente a su dormitorio. Después de verlo, la niña ya no quiso quedarse sola en su habitación nunca más, y ni siquiera acepta ir sola al piso de arriba. Le dije que su abuelo jamás le haría daño alguno, pero ella me respondió que sus ojos le daban miedo. Aseguró que estaban cubiertos de garabatos negros y ya no servían para ver. De modo que desde entonces duerme conmigo. Al principio pensé que se trataba de un cuento de terror que se estaba contando a sí misma, pero es algo más que eso. La habitación de los huéspedes está siempre fría. Revisé el lugar y noté que era peor en el armario en que estaba colgada su ropa de los domingos. Él había dispuesto que lo enterraran con ese traje, pero cuando se lo probamos en la funeraria no le quedaba bien. Las personas encogen un poco cuando mueren. El agua que hay en ellas se seca. Su mejor traje era demasiado grande para él, de modo que la gente de la funeraria nos convenció de que era mejor comprar uno de los que ellos tenían. No sé por qué les hice caso. La otra noche me desperté y escuché que mi padrastro caminaba por el piso superior. La cama, en su habitación, siempre está deshecha, y la puerta se abre y se cierra a todas horas. La gata tampoco quiere ir arriba y, a veces, se sienta al pie de la escalera, mirando cosas que yo no puedo ver. Observa algo fijamente un rato, luego maúlla como si le pisaran la cola y sale corriendo».

El secretario tomó aire. La carta de la vendedora era, desde luego, larga y detallada. Luego siguió con la lectura.

—«Mi padrastro fue espiritista toda la vida, y creo que sólo está aquí para enseñarle a mi hija que la muerte no es el final. Pero ella tiene once años y necesita una vida normal, y dormir en su propia habitación, no en la mía. Lo único que se me ocurre es tratar de conseguir un nuevo hogar para papá. El mundo está lleno de personas que quieren creer en la vida después de la muerte. Bien, mi padrastro es la prueba que necesitan. Venderé el fantasma de mi padrastro al mejor postor. Por supuesto, un alma no puede venderse realmente, pero creo que irá a la casa del comprador a vivir con él si se le hace saber que es bienvenido. Como ya he dicho, cuando murió estaba con nosotros sólo temporalmente y no tenía ningún hogar que pudiera considerar como propio, de modo que tengo la seguridad de que irá allí donde se sienta querido. Que nadie piense que esto es un truco publicitario o una broma ni que cogeré su dinero para luego no enviarle nada. El mejor postor tendrá algo concreto a cambio de su inversión. Le haré llegar su traje de los domingos. Creo que si su espíritu está aferrado a algo, tiene que ser a eso. Es un traje pasado de moda muy bonito, hecho por las Sastrerías Great Western. Tiene unas finas rayas de color gris plata, forro de raso...», etcétera, etcétera. —Danny dejó de leer y señaló la pantalla con el dedo—. Mire las medidas del traje, jefe. Es de su tamaño. La puja de partida es de ochenta dólares. Si usted quiere tener un fantasma, parece que podría conseguirlo por cien.

—Comprémoslo —dijo Jude.

—¿En serio? ¿Hacemos una oferta de cien dólares?

Jude entornó los ojos, mirando algo en la pantalla, precisamente debajo de la descripción del artículo subastado. Había allí un botón que decía: «Suyo ahora mismo: 1.000 dólares». Y debajo de eso podía leerse: «Haga clic para comprar y suspenda de inmediato la subasta». Puso un dedo sobre la pantalla y apretó con energía.

—Que sean mil, y cerremos el trato —proclamó.

Danny giró en su silla. Sonrió y alzó las cejas, que eran altas, arqueadas, como las de Jack Nicholson. Las usaba con habilidad, logrando siempre gran efecto. Tal vez esperaba una explicación, pero Jude no estaba seguro de poder explicar, ni siquiera a sí mismo, por qué era razonable pagar mil dólares por un traje viejo que probablemente no valía ni siquiera la quinta parte de esa cantidad.

Luego pensó que podría ser una buena publicidad: «Judas Coyne compra un fantasma travieso». Los admiradores devoraban historias de ese tipo. Pero esa idea se le ocurrió más tarde. En ese mismo momento, sólo supo que quería ser el comprador del fantasma.

Jude hizo ademán de retirarse, pensando ir arriba para ver si Georgia ya estaba preparada. Le había dicho que se vistiera hacía ya media hora, pero estaba seguro de que iba a encontrarla todavía en la cama. Tenía la sensación de que planeaba quedarse allí hasta provocar la pelea que andaba buscando. Se la encontraría sentada, en ropa interior, pintándose cuidadosamente de negro las uñas de los pies. O tendría abierto su portátil y estaría navegando en la Red, en busca de accesorios góticos, del adorno adecuado para atravesarse la lengua, como si necesitara más de esos malditos... Al pensar en la navegación

por la Red, una asociación de ideas hizo que Jude se detuviera y se preguntara algo. Se volvió para mirar a Danny.

—A propósito, ¿cómo has encontrado eso? —le preguntó, señalando hacia el ordenador con la cabeza.

—Ha llegado por correo electrónico.

—¿De quién?

—Del sitio de subastas. Nos han mandado un correo electrónico que decía: «Sabemos que usted ha comprado antes artículos como éste y pensamos que podría interesarle».

—¿Hemos comprado artículos iguales antes?

—Se refieren a productos relacionados con el ocul-tismo, supongo.

—Nunca he comprado nada en ese sitio.

—Tal vez sí que ha comprado algo y no lo recuerda. O quizá haya sido yo quien haya encargado algo para usted.

—Malditos ácidos —exclamó Jude—. Antes tenía buena memoria. Yo pertenecía al club de ajedrez en el instituto. Se me daba bien.

—¿En serio? Eso es fantástico.

—¿El qué? ¿Que estuviera en el club de ajedrez?

—Supongo que sí. Me parece tan... excéntrico.

—Sí. Pero usaba dedos amputados en lugar de piezas normales.

Danny se rió con demasiada intensidad, tembló como si tuviera convulsiones y secó lágrimas imaginarias en el rabillo de sus ojos. Ah, pequeño y servil adulator.

Capítulo 2

El traje llegó el sábado por la mañana, temprano. Jude estaba levantado y jugaba fuera con los perros.

En cuanto *Angus* vio que se detenía el coche, la correa se soltó de la mano de su amo. El perro se lanzó sobre el lateral del vehículo ya parado. La saliva le colgaba de la boca, mientras arañaba furiosamente con las patas la puerta del conductor. Éste permaneció sentado al volante, mirándolo con la expresión tranquila pero atenta del médico que analiza una nueva variedad de virus ébola en el microscopio. Jude recogió la correa del perro y tiró con más fuerza de la que tenía intención de usar. *Angus* cayó de lado sobre el polvo, luego giró sobre sí y volvió a saltar y a ladrar. Para entonces *Bon* también se hacía notar, tirando de la correa que la sujetaba y que Jude tenía en la otra mano. Aulló con tanta estridencia que provocó dolor de cabeza a su amo.

Como estaba demasiado lejos para arrastrarlos de regreso a su caseta del cobertizo, Jude los llevó por el jardín hasta el porche de entrada, mientras ambos animales luchaban contra él, resistiéndose. Los hizo entrar a empujones y cerró la puerta tras ellos, de golpe. De inmediato comenzaron a lanzarse contra la puerta, ladrando

históricamente. Ésta temblaba cada vez que los animales embestían. Perros de mierda.

Jude regresó por el caminillo de entrada hasta llegar a la camioneta de UPS, precisamente cuando la puerta trasera se abría con un ruido metálico. El repartidor estaba allí, de pie. Saltó al suelo con una caja larga y chata bajo el brazo.

—Ozzy Osborne tiene perros de Pomerania —dijo el tipo de UPS—. Los vi en la televisión. Encantadores perritos que parecen gatos domésticos. ¿Nunca ha considerado tener un par de esos preciosos chuchos?

Jude tomó la caja sin decir una palabra y regresó a la casa.

Entró y fue directamente a la cocina. Puso el paquete en la encimera y se sirvió café. Era un hombre madrugador por instinto y por hábito. Mientras estaba de gira, o grabando, se había acostumbrado a acostarse a las cinco de la mañana y a dormir la mayor parte del día, pero quedarse toda la noche levantado nunca había sido su tendencia natural.

Durante las giras se despertaba a las cuatro de la tarde, de mal humor y con dolor de cabeza, desorientado, confundido en cuanto a lugar, fecha y horario se refería. Todas las personas que conocía le parecían astutos impostores, o insensibles alienígenas que llevaran máscaras de goma con los rasgos de las caras de los amigos. Se necesitaba una buena cantidad de alcohol para que todos volvieran a parecer quienes eran.

Pero habían pasado ya tres años desde que salió de gira por última vez. No le apetecía demasiado beber cuando estaba en su casa. La mayor parte de las noches

se iba a la cama a las nueve. A la edad de cincuenta y cuatro años había vuelto a los ritmos vitales que le inculcaron cuando su nombre era Justin Cowzynski y un niño que crecía en la explotación porcina de su padre. Aquel analfabeto bastardo le habría arrancado de la cama, agarrándolo por el pelo, si lo hubiera encontrado en ella cuando salía el sol. La suya fue una infancia de lodo, ladrillos, alambre de púas, ruinosos cobertizos de granja, cerdos de piel embarrada y hocico aplastado. Una niñez con poco contacto humano, aparte de una madre que se sentaba la mayor parte del día junto a la mesa de la cocina, con el aspecto flojo y la mirada fija de quien ha sido sometido a una lobotomía, y de su padre, que gobernaba hectáreas cubiertas de estiércol de cerdo y ruinas con su risa furiosa y los puños siempre preparados.

De modo que Jude llevaba varias horas en pie, pero todavía no había tomado el desayuno, y estaba friendo tocino cuando Georgia entró en la cocina. La joven llevaba sólo unas bragas negras y caminaba con los brazos cruzados sobre sus perforados pechos, pequeños y blancos. Su pelo negro flotaba alrededor de la cabeza, y parecía un nido suave y enredado. Su nombre no era realmente Georgia. Tampoco Morphine, aunque se había desnudado usando ese nombre artístico durante dos años. Se llamaba Marybeth Kimball. Era un nombre tan simple que la chica se había reído cuando se lo dijo por primera vez, como si la avergonzara.

Jude se había abierto camino a través de una colección de novias góticas que se desnudaban en público o adivinaban el futuro, o que se desnudaban y además adivinaban el futuro; muchachas bonitas que usaban cruces

egipcias y se pintaban las uñas de negro, y a las que siempre llamaba por el nombre del estado donde habían nacido, un hábito que no complacía a todas, pues no querían que se les recordara a la persona a la que trataban de borrar con todo aquel maquillaje de «muertos vivos». Georgia tenía veintitrés años.

—Malditos perros estúpidos —protestó la joven, apartando a uno de ellos de su camino con el tacón. Daban vueltas alrededor de las piernas de Jude, excitados por el olor del tocino—. Me han despertado a una hora de mierda.

—Tal vez era la hora de mierda de levantarte. ¿No se te ha ocurrido pensarlo?

Ella nunca salía de la cama antes de las diez, si podía evitarlo.

Se inclinó ante la nevera, en busca de zumo de naranja. A él le encantó lo que vio entonces, la manera en que los elásticos de su ropa interior se apretaban contra las nalgas, casi demasiado blancas. La visión del trasero le hipnotizó unos instantes, pero apartó la mirada mientras ella bebía directamente del envase de cartón, que luego dejó en la encimera. Se estropearía ahí si él no se ocupaba de devolverlo a su sitio.

Estaba encantado con la adoración de las muchachas góticas. Y el sexo con ellas le gustaba todavía más, con sus cuerpos flexibles, atléticos y tatuados, y su entusiasmo por lo diferente.

En otro tiempo estuvo casado una vez con una mujer que utilizaba vaso y volvía a guardar las cosas después de usarlas; además leía el periódico por la mañana. Echaba de menos sus conversaciones. Eran charlas maduras.

No había sido bailarina de strip-tease. No creía en la adivinación del futuro. Era una compañía adulta.

Georgia usó un cuchillo de cortar carne para abrir la caja de UPS, y luego lo dejó en la encimera, con un trozo de cinta pegado al filo.

—¿Qué es esto? —quiso saber.

Dentro del primer recipiente había otro. Estaban muy apretados y Georgia tuvo que porfiar durante un rato para sacar la caja interior y colocarla en la encimera.

Era grande, brillante y negra, y tenía forma de corazón. A veces los bombones venían en cajas como aquélla, aunque ésta era demasiado grande para ser de golosinas. Además, las cajas con dulces solían ser de color rosa, o a veces amarillas. Se trataba de lencería, entonces... Pero él nunca había pedido nada de eso para ella. Frunció el ceño. No tenía la menor idea de lo que podía contener, pero al mismo tiempo le daba la sensación de que debería adivinarlo.

—¿Esto es para mí? —preguntó.

Quitó la tapa y sacó el contenido, levantándolo para que él lo viera. Un traje. Alguien le había enviado un traje. Era negro y pasado de moda; los detalles se desdibujaban a través de la bolsa de plástico de la tintorería con que estaba envuelto. Georgia lo sostuvo por los hombros delante de su cuerpo, como si le pidiera opinión, como si se tratara de un vestido que quisiera probarse. Lo miró con expresión inquisitiva y una encantadora arruga entre las cejas. Inicialmente él no recordó. No sabía quién demonios podía mandarle un traje como aquél.

Abrió la boca para decirle que no tenía la menor idea; pero de pronto cayó en la cuenta y soltó una frase lapidaria:

—El traje del muerto.

—¿Qué?

—El fantasma —explicó, recordando los detalles del asunto mientras hablaba—. He comprado un fantasma. Una mujer estaba convencida de que el espíritu de su padrastro la visitaba, de modo que puso en venta en la Red el espíritu inquieto, y yo lo he comprado por mil dólares. Es el traje de él. La mujer cree que podría ser el origen de las visitas del fantasma.

—Qué bien —dijo Georgia—. Entonces, ¿te lo vas a poner?

Su propia reacción le sorprendió. Se estremeció, se le puso carne de gallina. La idea le pareció obscena, sin necesidad de pensarlo mucho. No había considerado la posibilidad de ponerse aquellas prendas.

—No —respondió, y ella le lanzó una mirada de sorpresa al percibir algo frío e inexpresivo en su voz. La forzada sonrisa de la joven gótica se hizo un poco más profunda, y él se dio cuenta de que había dado la impresión de sentirse..., bueno, no asustado, pero sí momentáneamente débil—. No me quedaría bien —añadió, aunque en verdad parecía que el travieso fantasma había tenido en vida su misma altura y su mismo peso.

—Tal vez lo use yo —sugirió Georgia—. Al fin y al cabo soy una especie de espíritu inquieto. Y me encuentro muy bien cuando uso ropa de hombre. Me pongo muy ardiente.

Otra vez tuvo una sensación de repugnancia, incluso desazón física. Ella no debía ponérselo. Le molestó hasta que bromeara sobre el asunto, aunque no sabía muy bien por qué. No iba a permitir que se lo pusiera.

En ese preciso momento no podía imaginar nada más repelente.

Y eso quería decir algo. No eran muchas las cosas que Jude encontraba tan desagradables como para tomarlas en consideración. Estaba poco acostumbrado a sentir disgusto por algo. Lo chocante, lo desagradable, no le molestaba; le había permitido llevar una buena vida durante treinta años.

—Lo dejaré arriba hasta que decida qué voy a hacer con él —dijo, tratando de mantener un tono displicente, pero sin lograrlo del todo.

Ella le miró a los ojos, intrigada por el sorprendente abandono de su acostumbrado autodomínio, y luego quitó la bolsa de plástico de la tintorería. Los botones de plata de la chaqueta brillaron con la luz de la estancia. El traje era sombrío, tan oscuro como las plumas de un cuervo, pero los botones, del tamaño de una moneda de veinticinco centavos, le daban algo así como un carácter rústico. Con una corbata de cordón, habría sido el tipo de vestimenta que Johnny Cash usaba en el escenario.

Angus empezó a emitir ladridos agudos, estridentes, asustados. Se encogió sobre sus patas traseras y escondió el rabo, apartándose de la prenda.

Georgia se rió.

—Está embrujado —dijo.

Sostuvo el traje delante de ella y lo agitó de un lado a otro, moviéndolo en el aire hacia *Angus*, fingiendo que invitaba al perro a que arremetiese contra él, como hace un torero con el capote. La chica, encantada, gimió a medida que se acercaba al perro. Imitaba a un fantasma errante, mientras sus ojos brillaban de placer.

Angus retrocedió arrastrándose, golpeó un taburete que había junto a la encimera y lo tiró ruidosamente. *Bon* miraba desde debajo de la vieja plataforma de madera para cortar carne, con las orejas aplastadas contra el cráneo. Georgia volvió a reírse.

—Deja de molestarlos —ordenó Jude.

Ella le lanzó una mirada triunfal y perversamente feliz, con la expresión del niño travieso que está quemando hormigas con una lupa... y de repente puso cara de dolor y gritó. Soltó varias palabrotas y se agarró la mano derecha. Arrojó el traje a un lado, sobre la encimera.

Una brillante gota de sangre crecía en la punta de su dedo pulgar, y acabó cayendo, toc, sobre el suelo de mosaico.

—Mierda —dijo—. Alfiler de mierda.

—Ya ves lo que has logrado.

Le dedicó una mirada furiosa, le hizo un gesto obsceno con el dedo corazón de la mano y se fue. Cuando ella estuvo lejos, Jude se levantó y puso el zumo en el frigorífico. Luego dejó caer el cuchillo en el fregadero, buscó un paño de cocina para limpiar la sangre del suelo... y finalmente su mirada se detuvo en el traje. Observándolo, olvidó lo que tenía pensado hacer en ese momento, fuera lo que fuese.

Lo estiró, cruzó las mangas sobre el pecho, lo palpó cuidadosamente por todas partes. Jude no encontró ningún alfiler, y fue incapaz de imaginar con qué se había pinchado la chica. Finalmente, colocó suavemente el traje otra vez en su caja.

Un olor acre atrajo su atención. Miró la sartén y maldijo. El tocino se había quemado.